

LA UNION

VALPARAISO, ENERO 31 DE 1885.

Lo verdaderamente deplorable.

(COLABORACION).

Si la prensa ministerial quisiera dejar por un momento sus ojos de la caja de pólvora que no estalló, y que ya va pasando un poco a la historia antigua, y si los fijase un instante en la situación electoral del país,—es seguro que encontraría en ella temas más positivos y fecundos para sus lamentaciones.

Con los odios tenazmente fijos en el alambre telegráfico, para oír conmovida los himnos de felicitación y de amor que los empleados de toda la República siguen enviando a S. E., esa prensa no quiere oír la protesta inmensa y justa que se levanta en todas partes contra el asesinato positivo y permanente de la libertad electoral, consumado con implacable crueldad por las autoridades públicas.

Quizá no vale la pena recordar aquí la historia de la intervención,—esta vieja historia siempre igual, a la cual parece estar habituado el pueblo chileno, y que ya no consigue conmover sino en sus capítulos más inimitables. Esos capítulos se están multiplicando tan copiosamente, que sería difícil encontrar en ninguna de las administraciones pasadas igual audacia, igual lujo de fuerza, igual número de abusos electorales.

Y es lógico que así sea, puesto que, a medida que los gobiernos se hacen más personales, la persecución contra todos aquellos que no se muestran dispuestos a favorecer sus planes se vuelve más descubierta y más odiosa. Los principios van desapareciendo detrás de los nombres propios, y la lucha por la idea es mirada por los de arriba como una injuria personal. Y tal vez nunca administración alguna de nuestro país, ni aun aquella que han pasado a la historia con el nombre propio de los caudillos, fué más estrechamente personal que la actual.

La nueva ley de elecciones, minuciosamente calculada para garantizar el derecho de todos, y para velar por la pureza de la libertad electoral, no dejó a las autoridades otra puerta de salida que el crimen franco, resuelto y descarado,—y para este caso establecido penas bastante eficaces a fin de contener los apetitos de nuestros leñideros ganadores de elecciones. No es esto solo; para que fuese más fácil de perseguir la responsabilidad de los culpables, el legislador, convencido de que en fuerza del hábito y de la ninguna sanción penal, los tribunales políticos habían concluido por pervertirse completamente, quiso que fuera la justicia ordinaria quien juzgase los delitos electorales.

Pero de esto, que fué mirado como la suprema garantía, surgió el supremo mal. Muchos espíritus previsores temieron desde el primer momento que la perturbadora pasión política no dañase a nuestra administración de justicia, que hasta hoy se había mantenido libre de todo contajo; los hechos han venido a probar que esos temores eran desgraciadamente fundados, y que la funesta plaga es capaz de malearlo todo. Las penas escritas contra los reos políticos no han podido hacerse efectivas en muchos casos, porque los jueces están interesados en dejarlas como letra muerta. Algunos intendentes y gobernadores han tomado resaca de aquella única puerta que a la ley les abre, llegando hasta cometer, no ya simples abusos, sino verdaderos crímenes: calificaciones falsas, robos de registros, prisiones injustas, y hasta homicidios, sin que la sanción de la ley los haya alcanzado.

El escándalo ha asumido en algunas partes proporciones tales, que aun las conciencias menos susceptibles se muestran alarmadas y recelosas. Así, por ejemplo, el juez de los Andes, llamado a fallar las reclamaciones de los partidos, es el mismo candidato para diputado de uno de los bandos en lucha. Juez y parte, la parte más directa y personalmente interesada, sus fallos tienen necesariamente que ser dictados por el interés más que por la justicia. Sectario y cabailla, sus amigos están seguros de contar con la más amplia impunidad para todos sus extravíos, al paso que sus adversarios están ciertos de ser perseguidos y hostilizados hasta en el más recto ejercicio de sus derechos.

El juez suplente de Talca en lo criminal se ha constituido públicamente en defensor de sus parciales ante su propio tribunal; como abogado se presenta a sí mismo la defensa de sus amigos acusados, y como juez falla en vista de sus propios alegatos. Alguien reclamó ad el mismo juzgado contra este doble, inadmisibles papel, y el juez decretó la devolución del escrito, con apercibimiento de suspensión para el que en adelante se permitiera tan insolente reclamación.

El juez de Lebu se ha erijido en jurado de imprenta, y cita, juzga y falla por sí y ante sí a las personas a quienes cree autoras de los artículos que se publican en los diarios que no le son gratos.

El juez de San de Carlos, dejando a un lado todo procedimiento dilatorio, decretó allanamientos y prisiones por mayor, resuelto, según lo dice públicamente, a no dejar en libertad a ningún calificado del departamento, que no piense como él.

No sigamos pasando esta deplorable

revista. Lo que ocurre en los departamentos que a la ligera dejamos apuntados, es mas o menos lo mismo que está pasando en casi todas partes. La justicia, lejos de ser protección y amparo, es hoy la más temible amenaza del ciudadano independiente.

Y lo peor es que este hondo mal del presente es tambien un sombrío peligro del porvenir. Pasarán los intereses políticos del momento, las agitaciones irritadas de hoy se calmarán; pero las odiosidades nacidas entre estas luchas apasionadas y penetrantes quedarán por mucho tiempo. Y eufónicas el honor, la tranquilidad y la fortuna de los individuos y de las familias quedarán a merced de jueces que no saben olvidar, y que esperarán con paciencia la hora del desquite personal.

Es esto para nosotros el peor mal de la actual contienda política, y el que debía unir en una sola protesta a todos los hombres honrados.

ECOS DEL DIA

Santiago, Enero 30

Los adoradores del ministro Balmaceda en Viña del Mar resolvieron obsequiar con un meeting de simpatía. El ministro sospechó que sus adoradores podían no ser muy numerosos en Versalles, a pesar de que allí están reunidas las jentes de Santiago y Valparaíso, y resolvió a su vez esquivar el obsequio.

Así, habiendo acordado de antemano volverse en estos días a Viña del Mar, el ministro ha convenido últimamente en postergar su viaje por una semana.

Y ha hecho bien. ¿Qué significaría un meeting popular, convocado en nombre de un individuo y para glorificar a un individuo? ¿No estamos todavía cansados de la pequeña política de personalidades? ¿Con qué objeto estas extrañas apoteosis de individuos, cuando en el vasto horizonte apenas hai espacio para la discusión de las ideas?

Esos meetings de la proclamación pública y definitiva de la candidatura presidencial de Balmaceda, han dicho los políticos de larga vista.

Tal vez haya sido esa la intención de los preparadores de la asamblea; siendo así, es necesario convenir en que la asamblea retirada del ministro ha estado perfectamente calculada.

¿Qué elementos habrían proclamado en Viña del Mar la candidatura del señor Balmaceda? Y es Viña del Mar el punto más bien elegido para lanzar al país una candidatura presidencial? Hé ahí lo que debió, sin duda, preguntarse y responderse el señor Balmaceda, y de la respuesta debió nacer su resolución de quedarse en Santiago todavía una semana.

El punto de incubación de una candidatura a la banda es cuestión harto considerable, que no se resuelve en un momento de acaloramiento.

Hasta la elección del señor Santa María los candidatos a la presidencia se habían fecundado y habían nacido en asambleas de notables, reunidas invariablemente en Santiago.

El señor Santa María, con el tacto penetrante y delicado que lo distingue en los manejos de la pequeña política,—y de que desgraciadamente no ha dado grandes pruebas en los asuntos de la alta política,—rompió con audacia y con fortuna el mecanismo tradicional.

Comprendiendo que sus aspiraciones no tenían lazos ni raíces en Santiago, conociendo aun que no contaba con las simpatías resultadas del jefe del Estado,—don Aulpi Pinto,—y teniendo con razón que en una asamblea de Santiago se le sobrepujara la candidatura del señor Amunátegui, que iba ganando rápidamente terreno entre los numerosos elementos universitarios, y que era trabajada en la buena voluntad del señor Pinto por el potente influjo de don Augusto Matte,—el señor Santa María resolvió hacerse proclamar en Valparaíso.

Don Luis Aldunate, brazo derecho de la candidatura Santa María, y político de fina esencia,—enjuiciador tal vez de la idea de huir de Santiago,—ejecutó con fortuna la evolución, y por primera vez recibió el país un candidato a la presidencia de manos distintas de las de Santiago.

La asamblea de títulos profesionales y universitarios, abogados, médicos, ingenieros, etc., que ya se preparaba en la capital para la elección del sucesor del señor Pinto, quedó así ahogada al nacer, y la candidatura del señor Amunátegui murió antes de salir a luz.

Puede decirse por esto que fué Valparaíso quien dió a la República su actual presidente?—Es claro que no, desde que la Asamblea de Valparaíso fué arrebatada, preparada y educada en Santiago, y fué desgraciadamente con elementos llevados por ferrocarril desde la capital al puerto.

Sin embargo, el golpe dado a la capital había sido acertado y feliz, y el ministro Balmaceda no lo ha echado en olvido. Colocado en situación análoga al señor Santa María, es decir, sin afectos, sin fuerzas, sin raíces en la capital, el señor Balmaceda aprovechará la lección pasada, y hará la proclamación de sus ambiciones lejos de Santiago.

Es lo que hai de indudable, y por eso tambien, cuando ha caído de improviso en medio de los círculos políticos la noticia de prepararse un meeting en Viña del Mar, en honor del señor Balmaceda, todos han exclamado sin vacilar:—hé ahí la proclamación, o por lo menos su primer paso. Por nuestra parte, no estimamos así el pequeño movimiento de agitación operado en Versalles. Por más dispuestos que estemos a conceder todos los errores imaginables al señor Balmaceda, no lo creemos tan loco que vaya a elegir este tiempo y ese lugar para el ridículo allanamiento.

Quedan todavía muchos meses que correr antes del 25 de Junio de 1886, y los diestros del sport político no lanzan con tanta anticipación sus caballos a la cancha. Si el señor Balmaceda, que no es por cierto de para sangre, se presentase a la pista desde luego, muy pronto no le quedaria otro recurso que ver desfilar rápidamente a sus adversarios en dirección a la meta, mientras él aplicaría en vano el chicote y la espuela a su estenuada cabalgadura.

Y desde luego, es eso precisamente lo que le está sucediendo al señor Balmaceda. Tanto se ha exhibido, tanto ha gritado y tanto ha coreteado, que ya no le va a quedar caballo para el momento decisivo de la carrera.

No nos apresuremos, pues, a dar al meeting muerto o postergado de Viña del Mar

un significado que en realidad no tiene. Los círculos políticos se han alarmado un poco ligeramente y sin razón. Es posible que en el primer momento cruzase por la imaginación acalorada del primer ministro la intención de dar un carácter de proclamación a la asamblea proyectada; pero es probable tambien que pasado ese instante de ilusión ofuscada y anhelosa, la reflexión lo haya contenido en el momento de dar el salto.

En materias políticas, como en materias de amor, todas las previsiones suelen estropearse en lo inesperado,—solo el tiempo no se equivoca jamás, porque va a estroллarse en la eternidad.

A LA SEÑORA DOÑA CLODINDA IBAÑEZ DE WICKS.

Me ha pedido usted, dignísima señora y amiga, una columna para el diario de que es usted inspiradora, y no puedo ponerme a buscar pretextos de excusa para no complacerla.

Va, pues, la columna pedida, encomendada a su induljencia de mujer y a la memoria de un joven soldado de Chile que acaba de morir con gloria bajo extranjera bandera; y así, usted, sirviendo a los vivos, como ha sido su nobilísima misión desde la niñez en que nos conocimos; y yo enterrando a los muertos ilustres de la patria, vamos aproximándonos, poco a poco, al fin de la ya larga tarea.

Dejando así cumplida la empeñada palabra, saludale con respetuosos sentimientos su antiguo amigo

B. VICUÑA MACKENNA. Miramar, Enero 29 de 1885.

FROILAN MUÑOZ QUEZADA.

EX-ALFEBRE DE CAZADORES A CABALLO DEL EJÉRCITO DE CHILE Y TENIENTE CORONEL DEL EJÉRCITO DEL ECUADOR.

“No me gusta nada que no sea noble ni digno. Siglo el camino del honor y de la virtud.”

“El poder, y por consiguiente harían mal si no me condujese como hombre de honor y de dignidad.” (Cartas del comandante Muñoz a su hermano político don Manuel José Muñoz, Guayaquil, Noviembre 14 y Diciembre 30 de 1883.)

Es admirable, al mismo tiempo que natural, cierta condición antigua del ánimo del chileno, ánimo estrecho en su país, derecho especialmente con relación a sus derechos cívicos, levantado, fuerte e casi indomito cuando, escapado de sus límites, encuentra más amplias zonas y razas diversas.

No hacemos aquí mención de ciertos espíritus excepcionales como el del tribuno de Caracas don José Cortés y Madariaga, libertador de Venezuela que nació en Chile a la sombra de las palmas que desde nuestra ventura divisamos en la colina a cuyo pie muere el Aconcagua en el mar Pacífico; ni del turbulento chileno don José María Novoa que fué tribuno de la independencia en el Ecuador; ni de Manuel Jordán, ni de Mariano Vilj, ni de Ramon Allende, soldados, jefes y ayudantes de campo de Bolívar, al último de los cuales llamó el Libertador “la primera lanza de Colombia”; ni de aquel bravo coronel Montero que Rosas por medio hizo matar; ni de aquel caudillo rojo, seide terrible del terrible fraile Aída en las llanuras de Mendoza; ni de aquel marinerito de Quilota llamado Moporo, que fuera bajo Lord Cochrane almirante de la Grecia; ni siquiera de aquel oscuro chileno que según el diario de la expedición del bucanero Morgan atravesó con su ejército el Istmo de Panamá a fines del siglo XVII, cuando tomó a sangre y fuego aquella ciudad y su flota, el cual era conocido sólo por el nombre de “el chileno”; ni robó en el tránsito del istmo la hija de un rei indijena, y casándose con ella hizo rei.

Pero contemplando esa faz de nuestra nacionalidad bajo el punto de vista puramente popular, y sin apartarnos del propio itinerario que en ocasiones hemos seguido, peregrinos por el ancho mundo, hemos encontrado al chileno en todas partes haciendo frente de hombre a hombre, de raza a raza, de puñal a puñal, luchando hora a hora con el galgo de California cuando todos de temor a la presencia del último laín. Hallámonos después Cochran alimentando a los coronados Vargas, Barra y Emilio Lynch, hermano del almirante, jefes chilenos al servicio de Jarez con excepción del primero que antes fué Santa Ana.

Y más allá hemos encontrado al rojo y al humilde chango de nuestras costas del norte, (que es una raza aparte y solitaria) dominando bravo bajo su cotona azul no sólo en todos los puertos del Pacífico desde Arica a Acapulco y en el Atlántico desde Veracruz, donde un rolusto moctecón picado de peste, cuando joven (1853) fue a visitar el castillo de San Juan de Ulua en su propio bote, hasta las bocas del Mississippi, en medio de estrujos pesadores; y por último habremos de contar al marinerito de Castro que llegó hace poco a Valparaíso de regreso del Levante y de Constantinopla, en un buque de Newcastle, ciudad que el hijo de Castro patrióticamente denominaba por su tierra Nueva-Castro, y a una especie de rei chileno que en setiembre de 1871 encontramos en la Isla de San Vicente del grupo africano del Cabo Verde, a cuyo lejano punto había llegado “de guerra” sucesivamente desde Valparaíso a Punta Arenas, de Punta Arenas a Montevideo, de Montevideo a Rio de Janeiro, impidiéndose allí a los negros como una especie de triton del mar, con su alta talla, sus fornidos puños y su arrogante voz, que él sabía arrancar alirada de las gualletas de su escamoteo pecho.

Y precisamente agópnase a nuestro espíritu estos recuerdos de otros tiempos y otros lugares, con motivo de lo que en los presentes acaba de ocurrir en las aguas del mar del Ecuador con un adolescente chileno que hace seis años era un humilde dependiente de los medios trigueras en San Carlos del Nuble y ha muerto hace apenas dos meses con el grado de teniente coronel del ejército del Ecuador, combatiendo en un barco de guerra, el cual, habiendo sido antes oficial de caballería, él mismo comandaba.

Historia tan peregrina, pero no rara en nuestro pueblo, es digna de ser contada, y con la brevedad del caso y de la vida de quien fuera su protagonista vamos a narlarla.

Froilan Muñoz Quezada, muerto en la noche del 5 de Diciembre de 1884, defendiendo el vapor Huacho contra el abordaje del vapor Atajuela, había nacido en San Carlos del Nuble en los últimos días de 1859, año de turbulencias y batallas en las planicies y ciudades de su nativa provincia, de suerte que su guerrera existencia encontró tempranamente término cuando no había cumplido aun su mayor edad. (1)

Su abuelo don Flamiano Muñoz, hacendado de Niquén, fue patriota durante la guerra de la independencia, por cuya causa perdió la vida, mientras que su padre don José Muñoz Hernandez, fallecido en 1877 de sesenta y seis años de edad, militó siempre en la causa liberal, siendo él, según fama, el hombre más bien quisto de su pueblo, no obstante la grave circunstancia de haber desempeñado durante treinta años el empleo de tesoroero, es decir,

de guardador del envidiado bien comunal en el municipio. Su buena conducta dió mérito para que a su muerte el cabildo de San Carlos le nombrara a su hija mayor doña Margarita Muñoz tesoroera, lo que en aquel tiempo no sólo era una anomalía sino un escándalo cuando en realidad fué sólo un hecho que correspondía al progreso natural de los tiempos.

Olvídabámonos decir que entre el padre y el abuelo del joven Muñoz, casados cada uno tres veces, es decir, con seis mujeres, habían regalado a la nación entre ambos y sus hijos consortes no menos de cincuenta hijos, uno de los cuales llamase “Noé”, sin duda por comenzar nueva cuenta despues del diluvio.

En pos de Noé seguía Froilan, y como dice el Génesis en pos de Froilan, Flamiano, que fué el último de la tribu por el lecho de la sexta esposa. Este último llevaba el nombre de su robusto abuelo, y por noviembre del año último, regresó del Ecuador a su cortijo del Nuble.

No alcanzó el penúltimo de los hijos del tesoroero vitallicio de San Carlos más educación que la del pueblo, luz escasa pero suficiente para alumbrar su propio camino por los senderos de la vida, cuando nos guía en ellos noble propósito de adelantar y de vencer. Su ortografía no era perfecta, pero escribía con rapidez y la claridad necesitada por el tiempo desempeño de un mostrador de comercio a la ratina de una compañía de soldados.

Desde muy niño, y empujado en cooperar a la educación de sus hermanas que eran muy numerosas, dedicóse con animo marchado al comercio de los granos, acreando las cosechas de cereales a la costa, por medio de contratos de poco provecho con los bodegueros de Talcahuano, que él llenó siempre con extraordinaria actividad y cumplido pundonor. Uno de aquellos negociantes por mayor (don José Agustín Moreira) llegó a confiarle el manejo de su bodega cuando era todavía un niño de 17 años.

En semejante situación estalló a la puerta de su granero la guerra última y nacional cuando al nacer tristes contienda civil sacudido su cuerpo y al contemplar el incansable desfile de las tropas que de las fronteras indias marchaban por el llano central hacia las del Perú lejano, cerró su puerta, entregó las llaves a su buen patron, que en vano con halagos intentó detenerlo, y ocultando su valiente resolución a su familia, vino a enrolarse en el regimiento Colehagua, en cuyas filas marchó al norte en Noviembre de 1879.

Froilan Muñoz sentíase con las ideas que forman a los verdaderos hombres, cuando que ha yanido al mundo, y quería hacerse “hombre” a toda costa. Su única medida de precaución al partir, su único adiós a los suyos, consistió en dejar dentro de un sobre anudado, a manera de testamento, un papel del cual constaba que los escasos bienes que por herencia o trabajo había acumulado (unos 800 pesos), legábalos a la mayor de sus hermanas que le había servido de madre y tesoroera.

No hizo el subteniente Muñoz las campañas de Tarapacá ni las de Tacna, por haber sido destinado su cuerpo a alguna guarnición. Pero no pudiendo resignarse al castigo de no ir a Lima (la mayor pena que la disciplina o el acoso podía infijir a un soldado chileno en esa época), obtuvo del jeneral en jefe la gracia de incorporarse en clase de subteniente agregado a Cazadores, en cuyo cuerpo combatió en San Juan, en Chorillos y en Miraflores.

Desgraciadamente el alférez Muñoz debía abandonar su plaza de supernumerario desde que el ejército entró a Lima, reduciéndose los cuerpos a su planta ordinaria; y aunque el joven voluntario debió sentir contrariedad profunda con aquella impetuosa separación, como se hallaba resuelto a abrirse camino ancho en las veredas de la vida, cogió su sable en Lima i se hizo telegrafista en el Callao. Era moreno sumamente despierto, laborioso y emprendedor, de suerte que todo trabajo se le hacía pronto familiar, incluso el manejo de un aparato telegráfico o la compleja máquina de un vapor. Era un verdadero tipo chileno.

En estas circunstancias estalló en el Ecuador la revolución que a mediados de 1883 derrocó la administración del dictador Venutilla, sitiándolo sus adversarios en su asiento de Guayaquil; y como además del renombre guerrero de los chilenos, hubiese adquirido el alférez de cazadores y telegrafista del Callao, la buena reputación que le daba derecho su inteligencia y buen porte social, realizado por un simpático exterior, uno de los ajentes más activos y prestigiosos de la revolución, el doctor Camacho, actual Presidente del Ecuador, le hizo propuestas ventajosas, así como a otros chilenos, para ir e engrosar el ejército sitiador de Guayaquil.

Aceptó con este motivo el joven Muñoz el puesto de capitán con el grado de sargento mayor en el ejército ecuatoriano, y a mediados de 1883 embarcó para Guayaquil acompañando con varios de sus compatriotas al comisionado Camacho.

No tardó en distinguirse el entusiasta joven chileno en el campo del ejército ecuatoriano, que estrechaba a Guayaquil.

A los pocos días de su incorporación en las filas de él, en premio de su conducta la actividad de sargento mayor y el puesto de ayudante de campo del jeneral en jefe del ejército.

Y en ese punto hallábase en setiembre de 1883, época en que en carta de intimidad comunitaria de un dundo suyo residente en Valparaíso el camino que llevaba recorrido, en los términos siguientes, cuya fama personal es de justicia mirar con induljencia por la edad y la ocasión, el parentesco íntimo y la vanagloria legítima de quien ejecuta empre sas dignas de alabanza.

“Luego que acampamos delante de Guayaquil, dice el combatiente chileno a su inmediato pariente don Victor Muñoz, en carta de aquella ciudad, de setiembre 10 de 1883, se ofreció hacer un reconocimiento muy cerca del enemigo, y me mandaron a mí, a lo que me hacían grandes disparos de cañón, ametralladoras y rifles, no causándome el menor daño. Despues el enemigo colocó al pie de sus grandiosas fortificaciones, una bandera blanca, y yo pedí ir a tomar, lo que me concedieron pero que no me espusieron; así es que fui, me puse al habla con el enemigo, tomé la bandera y me arrancó con ella, habiéndome hecho un nutridísimo fuego, donde las balas me llovían por largo rato, y nuestro ejército asombrado de mi serenidad. Despues volvíeron a colear otra y se las volví a quitar.”

Despues me mandaron que yo les fuera a colear una bandera al pie de sus trincheras, y que llevara la tropa que yo creyera necesaria.

Tomó diez soldados escogidos y dos oficiales de los de mejor familia, y los hizo dormir al lado de mi tienda de campaña y salló a una de la mañana, y llegué al pie de sus trincheras a las cuatro, hora en que todos dormían, y les coloqué la bandera con un fuerte letreiro en contra del dictador, y me retiré como cien metros a retaguardia, esperando que amaneciera, habiendo ocultado el pasto toda mi tropa estendida en guerrilla.

Cuando amaneció, en el acto desvíaron la bandera y formaron las tropas; despues fueron dos jefes muy bien montados, a tomar la bandera y al tiempo que yo tomé a la asta, yo le tire y le maté el caballo.

En vista de esto, en el acto tomaron tropa y fuego, luego se trabó un nutridísimo fuego entre quinientos y tantos contra mí que sólo tenía diez. Viendo que podían asensar a toda mi tropa por la granizada de balas, mandé a hacer fuego en retirada, luego llegó el jeneral, segundo jefe del ejército, con una guerrilla como de entrocientos a protegerme, pero ya yo me había retirado como a cuatrocientos metros, y despues llegó el jeneral en jefe preguntándome cuántos habian tenido muertos y heridos, yo le contesté que habia tenido la suerte de no tener ningún muerto ni herido; entonces me abrazó y me echó un viva al señor F. Muñoz; y con esto todos quedaron satisfechos de mi valor, y todos daban al héroe el héroe!

Despues, en vez de los señores jenerales, acordaron espouir unos cincuenta hombres por el punto más difícil y dármeles a mí por ser ya muy reconocido mi valor; así es que me llamaron todos los jefes y me dijeron: “Usted va a desempeñar una importantísima comisión que nos dará el triunfo del combate.” En efecto, escogí cincuenta hombres del ejército y seis oficiales buenos, y los hice dormir al pie de mi tienda de campaña donde dormía con el jeneral, jefe de estado mayor. A las doce de la noche, hice formar y los hice dar una buena copia de aguardiente.

A la una sallé habiéndome despuesto de abaracas con los delegados del gobierno y jenerales, expóniéndonos a todas las lágrimas, y ellos decían que sentían mandarme a mí por eso punto porque tanto me amaban que me sentían reconocido, pero que no encontraban otro que su valor fuera reconocido, así lo hablaban entre ellos. A las cuatro y minutos llegué yo como a cincuenta metros, de sus fortificaciones y rompieron los fuegos, sin yo contestarles hasta esperar que nuestro ejército se aproximara donde estaba yo a algunos cien metros.

Luego que supo que nuestro ejército estaba como una cuadro a retaguardia mía, hice romper fuego y tocar cornetas, ataque y deguello; por último, me tomé a la bayoneta tres fortificaciones insuperables.

Despues me mandaron al mando de un vapor a perseguir a Veintimilla que se iba en el vapor de la nación, el Santa Lucia con algunos hombres bien armados, y lo vine a alcanzar en Paíta; ahí tomé el vapor, desarmé a la tropa y coloqué la que yo llevaba, trayéndolo a este punto, y lo tropa trataba, excepto Veintimilla que ya tenía garantías por el jeneral Lynch, así es que, en vista de mis importantes servicios prestados a la restauración de esta república, tuvieron a bien ascenderme a teniente coronel y comandante del vapor de guerra Huacho, pasando la gran vida, así es que me tiene a sus órdenes.

He tenido la suerte que todos me quieran y me respeten, en particular los delegados del gobierno y jenerales.”

A consecuencia de estas juveniles proezas y especialmente de la afortunada captura del comate del fugitivo jeneral Veintimilla en Paíta, al escalar diez cazadores, asumió la importancia de un verdadero personaje militar y político en el Ecuador, y no es difícil calcular hasta que lejana meta del ancho estudio de la vida hablale conducido proseguido destino si estrella de fortuna hubiese proseguido alumbrando su carrera.

Por lo demás, el tacto del improvisado jefe en el manejo de los hombres y aun de las ropostadas, en su brillante posición no podría ser ni más recordado ni más intelijente para hacerse perdonar por extraños su éxito de extraño en tierra extranjera. “Paso mi vida aquí muy tranquila,” escribía sobre este particular con fecha 30 de Diciembre de 1883 a un dundo suyo (el apreciable caballero don Manuel J. Muñoz que nos ha proporcionado originales estas cartas). Cuando salto a tierra voló a la casa de la familia del presidente señor Camacho, del comandante jeneral señor Darío y del escalar diez cazadores, O'Higgins. El comandante Muñoz, cuando está en el puerto, me convidó a hacer visitas. Cuando salgo a recorrer la costa, en los puertos todas las autoridades me invitan a sus casas, y así lo paso tranquilo y feliz.”

El comandante Muñoz tenía la rara cualidad de no desvanecerse en las alturas, dando así sólida prueba de que su mérito era intrínseco y verdadero, en oposición a tantos oportunistas de la edad presente, que no son sino efímeros explotadores de ocasional fortuna que habrá arde o temprano de dejarlos en el suelo. “No soi ni sombra de lo que era,” exclama en una de sus misivas de familia con encierda humildad el joven comandante para ponderar y explicarse así propio el rápido éxito de sus años.

En obediencia a esos mismos sentimientos, y a la insensable propensión del chileno en todas condiciones de la vida, suspiraba el joven Muñoz en el fondo de su alma de marino por los halagos de la patria y continuamente anhelaba su regreso al seno de los suyos.

Pero una afección no menos fuerte que la del patriotismo se había interpuesto entre su anhelo y su resolución. Guayaquil es tierra de palmeras y de mujeres que por su donaire esbeltez asemejanse a las palmas. Y a poco de haber llegado y vencido, el sincero mozo había comenzado a sentir indudado por los latidos de su corazón y a hacerse a sí propio de continuo esta pregunta usual y antigua, terrible en ocasiones,—¿Dulce las mas veces,—“¿Quién es ella?”

“Dígame usted, querido amigo, exclamaba en efecto entre contento y sorprendido, a poco de su entrada triunfal a Guayaquil (setiembre de 1883), ¿cómo ha sabido usted el nombre de la señorita de que me habla?”

“¿Quién se lo ha dicho a usted?”

Me he sorprendido cuando nadie sabe tal cosa, pues le dije que se realmente hermosa muchacha, muy chilena, muy joven, rica, y de muy honorable familia italiana.”

Yo la quiero mucho y le he prometido casarme, pero no será antes de dos años más tanto porque no tengo como hacerlo, cuanto que ella es muy chiquilla.”

En esta situación, vacilante entre la esperanza de volver a visitar los patrios lares o el deseo de ir a organizar y tomar el mando de un regimiento de caballería, ocupación que le departaría de seguro, como a Manuel Jordán, jinete chileno y ayudante de Sierra en el Ecuador, el empleo de coronel, un mal indudado la escala del vapor que comandaba en la ría del Guayas y le condujo con un centenar de compañeros a terrible muerte.

Eloi Alfaro, mozo valiente hasta la temeridad, imprudente hasta el abismo, caudillo popular de la turbulenta provincia de Esmeraldas en la costa del Pacífico, había sido el primero en levantar las armas contra el dictador Veintimilla, y sin esperar su hora, levantó las otra vez contra Camacho.

Organizó el gobierno del último en consecuencia una expedición marítima a las ordenes del coronel don Reinaldo Flores, compuesta de dos barquichulos a vapor, el 9 de Julio (el antiguo Santa Lucia, comprado en Estados Unidos en 1866) y el Huacho, que mandaba desde hacia más de un año el comandante Muñoz. Este último llevaba a su bordo, como dentro de una prensa hidráulica, a 300 soldados de 1.2. de línea, para ejecutar un desembarco en Manta o Manabí. El coronel Flores conducía tambien tropas, pero algo más desahogadoamente, en el 9 de Julio.

Temía tambien por objeto aquella pequeña expedición mista apoderarse del puerto de Atajuela, capturado por Alfaro mediante un atrevimiento audaz poco en la rada de Panamá, y hostilizar los puertos de que se había adueñado la revolución.

Venían a bordo del último barco, declarado pirata por el gobierno de Guayaquil, dos hombres de bigados lincados como las ola

y el rejido del mar.—Andrés Marín, capitán de la nave, y el mismo Alfaro, caudillo del levantamiento.

El coronel Flores, que llevaba la derrota y el mando de las naves del gobierno, llegó a la rada de la ensenada llamada Bahía, no lejos del puertecito de Jaramajo, dividió en su fondo al Atajuela y le tuvo mojado. Sabía probablemente aquel jefe que Alfaro se hallaba a su bordo....

Sacada esto en la tarde del 5 de Diciembre de 1884, y cuando llegó la noche los tripulantes del Atajuela salieron a bordadas de su escondite con las luces apagadas y las enchilladas de abordaje en las manos, resueltos a capturar cualquiera de los vapores de Camacho que pudiesen haber al alcance de su anclote de abordaje, o a los dos juntos.

Tocóle de sorpresa el primer asalto al Huacho que sus tripulantes manejaban un tanto desapercibidos, y acercándose Alfaro con un anclote a la quilla del vapor enemigo, abordó a la machete, dando antes orden de echar a pique los botes y cortar las escalas de subida para quedar sin retirada.... Alfaro había leído para quedar sin retirada.... Alfaro había leído para quedar sin retirada.... Alfaro había leído para quedar sin retirada....

Pero en la nave asaltada encontraría asimismo el temerario caudillo revolucionario un hombre, un capitán, un mozo casi imberbe que conocía a fondo la última leyenda aboríjora de la machete, dando antes orden de echar a pique los botes y cortar las escalas de subida para quedar sin retirada.... Alfaro había leído para quedar sin retirada.... Alfaro había leído para quedar sin retirada....

El teniente coronel don Paulino Jaramillo, dicen efectivamente la apasionada relación de un combatiente del 9 de Julio, jefe probablemente de la tropa de desembarco, estaba sobre el cubierto del Huacho tendido en la proa, y a su lado del comandante Muñoz con la cabeza desahogada de la y el comandante Merino muerto tambien.

Tres jefes en una sola tabla del ensangrentado buque! Pero esos en realidad eran cinco, porque allí estaban tambien los sarjentos mayores Merino y Lynch, apellido del mar i de guerra este último.

La lucha, que duró cuatro horas, debió ser espantosa. “Sobre la sangre y los cadáveres, proseguía diciendo el autor de la relación que ibamos citando y que no parecía hallarse en condición de ánimo suficientemente tranquilo para hacer justicia a la indomita hazaña de los asaltantes, estaban los que habían sobrevivido, casi todos heridos a bala o machete, aborados por el mismo Alfaro y un sin número de asesinos, de los que muchos fueron muertos por los nuestros con los machetes que se los habían quitado, machetes que encontramos en el Huacho, como tambien el anclote con que fué abordado cuando pasamos a su bordo.”

Admirados quedamos de que hubiera podido salvar un hombre en nuestro Huacho.... Botamos mas de cien cadáveres al agua; y llevamos a Manta el del teniente coronel Paulino Jaramillo, donde se le dió sepultura.

Los heridos son 127. Se les ha hecho varias amputaciones... y se les ha atendido como lo permiten nuestras circunstancias.”

Tal fué el combate naval de Jaramajo, uno de los mas extraordinarios y sangrientos hechos de mar que hayan presenciado las costas del Pacífico. Fue combate de la media noche y de trípode abordaje que terminó en el incendio del buque asaltante, dando así la victoria a la nave que capitaneaba el comandante Muñoz y a su consorte, El Atajuela quedó sepultado en la playa de Jaramajo, y cuando amaneció el día veíase a las olas entrarse impávidas y sueltas por sus escotillas, y a la manera de los ladrones de los cementerios, sacar del fondo de la cala, y de los entrepuentes los cadáveres carbonizados de sus tripulantes.

El comandante Muñoz había precedido, en consecuencia, cumplido sencillamente su deber. Al salir a campaña había devuelto a su hogar chileno el honor de sus hermanos del nombre de Flamiano, que había ido a buscarlo a Guayaquil, y envió con él a los suyos un mensaje que tenía algo de heroico y algo de siniestro: “Dile a nuestros hermanos que si escapó de esta, me voi a las nubes....”

Y en efecto, entre las opacas sombras que en nuestros horizontes cubren